

Plazas Mayores de algunos pueblos manchegos

En el dulce vagar de ir recorriendo pueblos para impregnarse el alma con los efluvios de su vivir, desde que se divisa el caserío, casi siempre lejano por la uniformidad plana del suelo, la vista se fija en el núcleo central formado por la mole de la iglesia que sobresale de los tejados o en la espigada torre que como faro de puerto orienta al caminante o sirve de vigía para otear el horizonte, pues no en balde antes que campanarios las torres debieron ser fortalezas en nuestra comarca.

Cualesquiera que sean los fines del viajero y aún sin llevar ninguno concreto, casi sin hablar ni pararse a pensarlo, los pasos se encaminan a la plaza, que lo es todo en la vida de los pueblos y al entrar en ella se establece una comunicación recíproca entre visitante y visitado, más o menos emotiva, que es ya el comienzo de la simpatía, del agrado y del interés mayor o menor que ha de subsistir a lo largo del tiempo, aún sin verse más. Después viene la exploración, el cotejo de detalles, la admiración o la decepción, pero en todo caso la compenetración y la estimación verdadera que da el conocimiento.

La plaza es el núcleo central de la vida de los pueblos, donde confluyen o emergen todas sus corrientes, que custodian y encauzan el Ayuntamiento y la Iglesia, que son por lo general sus edificios más representativos complementados después con los casinos como refugio de los placeres más asiduos.

Toda la vida pueblerina se concentra en la plaza, hasta en los detalles mínimos, pues los que no tienen lugar allí son llevados a ella por instantes desde los puntos más lejanos y es tan asombrosa la velocidad con que corren los sucesos, que si a alguien se le pasa alguno de momento, enseguida manifiesta su extrañeza mostrándose sorprendido de ignorarlo, porque las noticias se dan de sopetón, sin preámbulos, como una obligación y de corro en corro, como un deber competitivo que se impersonaliza en los comentarios con los términos de: «se ha dicho» o «lo iban diciendo», al aquilatar su probabilidad que queda siempre firmemente definida por el conocimiento minucioso y exacto que allí se tiene de personas y cosas, que es el concepto público o la opinión que se merecen las obras de cada día analizadas minuto a minuto, sin posibilidades de que se escape nada ni falle ningún recurso, porque todo busca su corriente y al fin se aclara y tiene su merecido, pasando al acervo de la experiencia general con la apreciación justa que debe ser considerado, pues si algo se deforma por exceso o por defecto, las ondulaciones del oleaje que va y viene entre las gentes, formado por el criterio y las maneras de cada uno, pronto deja las cosas en su nivel.

La plaza satisface plenamente la curiosidad del mundo que no es solamente espíritu comadreril sino conveniencia y hasta necesidad de